

* ALBERDI, INÉS (2013): *VIDA DE EMILIA PARDO BAZÁN*. PRÓLOGO DE MANUEL RIVAS. MADRID, EILA EDITORES-ASOCIACIÓN MATRITENSE DE MUJERES UNIVERSITARIAS. 154 PP.

En la premiada Colección de Biografías de Mujeres Ilustres, entre otros opúsculos dedicados a Ada Byron, María Moliner o Beatriz Galindo, y de la mano de Inés Alberdi, catedrática de Sociología de la Universidad Complutense, se perfila aquí una breve semblanza biográfica de la autora de *Los Pazos de Ulloa*. En secciones muy proporcionadas, se intentan desgranar, tras una breve Introducción, los diversos avatares de la vida familiar, la obra novelística, la narrativa breve, el periodismo y los ensayos, la dedicación como conferenciante y polemista, sus amistades y relaciones, su actividad política, el cariz de su feminismo y de su posición entre tradición y modernidad. El Epílogo da paso a una Cronología a la que acompaña un muy escogido archivo de imágenes de la autora, algunas muy novedosas para el gran público, y una Bibliografía de obras consultadas.

No es tarea fácil recoger en una síntesis la vida de Emilia Pardo Bazán que, aun estando regida por un propósito divulgativo, pretenda una articulación de sus ejes biográficos sin caer en el ditirambo y/o en la redundancia de lo tópico. Para los lectores que vienen siguiendo las últimas aportaciones de la investigación pardobazanianana en este terreno, y es esta revista privilegiada atalaya desde la que otearlas gracias, entre otros, a los tan positivos logros del Grupo de Investigación Emilia Pardo Bazán, resulta evidente que no contamos, todavía hoy, con una biografía completa, exhaustiva, al modélico modo anglosajón, de la insigne novelista. Disponemos de muy importantes aproximaciones desde la aparición del libro, ya lejano, de Carmen Bravo-Villasante, y a él mucho debe este que comentamos, débito que comparte con tantos otros. Es fundamental, desde luego, la contribución de Eva Acosta, cuyas indagaciones y sutiles conclusiones suponen una muy loable penetración en aspectos muy variados de su personalidad y talante, tan propenso, como es sabido, a ser objeto de reduccionismos manidos y enquistamientos coyunturales. *Emilia Pardo Bazán. La luz en la batalla* ha marcado en 2007 un antes y un después en la exploración del yo, el nosotros y el ellos que conforma una vida extraordinaria y compleja como lo fue sin duda la de la escritora gallega. Mucho esperamos del buen tino de historiadora de Isabel Burdiel para obtener el retrato más fiel de esa su poliédrica condición, esquivada tantas veces a afanes categorizadores unidimensionales.

No es pretensión de la autora de este librito de atractiva apariencia allegar información nueva, ni dirimir cuestiones que aún se siguen debatiendo, ni siquiera efectuar un condensado repaso de las vicisitudes menudas de una biografía, más rastreable en algunos de sus tramos que en otros, tan aparentemente visible y reconocible que se nos escapa.

Podemos preguntarnos acerca de la necesidad de una empresa como esta y hallar en una respuesta coherente con la falta de lectores versados en esta materia una justificación. Viene, pues, el libro de Inés Alberdi a incardinarse en esa malla de propuestas que aspiran a una gran difusión, destinado a lectores no especializados. A la inmensa mayoría, por supuesto.

Precisamente por ello, porque son muchos los que potencialmente son sus lectores, crece el sentido de la responsabilidad que debe asistir a quien lo emprende. El especialista está preparado para poner coto a opiniones y ocurrencias que puedan ser discutibles, dispone de recursos contrastivos de refutación. Pero el lector lego en la materia está desasistido. De ahí la relevancia de saber exponer convincentemente y con herramientas documentadas, demostrativas. Al no ser Inés Alberdi estudiosa pardobazanista –le llevó un año preparar este encargo, según confiesa–, su perspectiva tiende a iluminar aquello que más le interesa, dejando lo demás en sombra. Es legítima esta manera de proceder pero esperaríamos que lo más novedoso de este libro, la calificación de Pardo Bazán como mujer política, tuviese un fundamento más sólido que el que se deriva de haber ocupado la autora de *La Quimera* puestos de gestión en algún momento de su vida.

Se refieren aquí, en ocasiones de un modo cuasi conversacional, acorde con ese tono divulgativo del que antes tratábamos, los modos de apreciación que han concentrado en el siglo XX la atención en sus novelas, siendo, según se señala en p. 16, en el XXI, “la faceta de Pardo Bazán que cobra actualmente una importancia especial, por lo que supone de adelantarse a los cambios sociales que se han impuesto en la sociedad española, [...] que es una abanderada de los derechos de las mujeres y se dedica toda su vida a defenderlos”. Y este es, sin duda, el vector principal de esta síntesis biográfica. En ello se reincide en p. 116: “El principal hilo conductor de la vida y la obra de Pardo Bazán es la defensa de las mujeres”. Afirmaciones categóricas de este jaez desequilibran a veces el esfuerzo descriptivo: “Si quisiéramos hacer un retrato corto de Pardo Bazán, diríamos que fue escritora, feminista y aristócrata, por ese orden” (p. 17). ¿Estaría de acuerdo la biografiada? ¿Lo estamos nosotros? Al privilegiar las notas de ese retrato robot, se borran otras posibles, tan definitorias. Lo más interesante, y moderno, de la personalidad de Emilia Pardo Bazán es que trasciende las etiquetas. Toda su vida luchó por librarse de ellas. Tal vez el siglo XXI nos depare mucho en este sentido.

No es vano un ejercicio de divulgación como este, contribuye sin duda a comunicar aspectos para muchos desconocidos como el de la accesibilidad de los registros coloquiales que despliega la autora, y su fresca vigencia. Se aducen anécdotas como la de la conversación en París con Víctor Hugo y la reconvención de este, que ella contesta, pero se emplea un modo un tanto aproximado en p. 47 de referirlas, sin mencionar la Inquisición, ni los “Apuntes autobiográficos”.

Algunas inexactitudes podrían corregirse en algún momento, suelen concernir fechas: pese a que se afirma en p. 17, no llegó a cumplir los 70 años doña Emilia, le faltaron algo más de cuatro meses para pasar de los 69; es errónea y equívoca la apreciación

acerca del revuelo que levantó *La Tribuna*, que, se anota, “fue interpretada como una declaración favorable a la revolución y la república”. Quien así lo hiciera –no se aducen nombres– desconocía por completo el designio de la autora, explícito en su prólogo, y es precisamente ese equívoco el que conduce a Inés Alberdi a emitir una observación bien indemostrable y hasta peregrina: en p. 79, “su amistad con Castelar y el interés que tiene en el éxito político de éste le hacen ser, por un tiempo, defensora ardiente de la República.

Es, por otro lado, muy impreciso datar “a finales de siglo” la polémica desatada en torno al naturalismo o hacer simultáneas las pullas generadas por el escándalo de los amores de *Insolación* (1889) con las que sufrió, por la misma causa, y de signo bien distinto, por cierto, *Pepita Jiménez* (1874). Cabe tildar de demasiado unívoco explicar las invectivas contra la autora en términos como estos: “Hay una cuestión que aparece en varias de sus novelas, y que debió ser una de las razones por las que el pensamiento misógino y conservador persiguió con tanto ahínco a Pardo Bazán, y es la sinceridad con la que aprecia la belleza física masculina y la naturalidad con la que la describe. Seguramente que es por ello por lo que [sic], en numerosas ocasiones, se la acusa de pornográfica y heterodoxa” (p. 58). Sus estancias en Meirás no lo fueron en el Pazo de ese nombre (como se lee en p. 65 y *passim*), ya que para ella era la Granja o las Torres de Meirás. En ocasiones, la *Vida* incurre en repeticiones tópicas y no científicamente demostrables, como al aventurar sus *liaisons* amorosas, o al elucubrar acerca de las cartas con Galdós, tantas veces escasamente libres de malinterpretaciones.

Otras aseveraciones contradicen lo que la misma escritora quiso puntualizar como, por ejemplo, esta, harto discutible: “A Emilia Pardo Bazán le hubiera gustado tener una participación política más activa pero no se le permitió. Tenía preparación y capacidad para ser una líder política pero en la España de su época eso no era posible. Tuvo vocación y ambiciones políticas pero no pudo ejercer las cualidades que evidentemente tenía. Ella ambicionaba ocupar las plataformas desde las cuales se pudieran llevar sus ideas a la práctica”. Tampoco es de recibo esta otra, de otro tenor: “El feminismo es uno de los aspectos más significativos en su vida y en su obra y ha sido lo que ha relanzado su prestigio en los últimos años” (p. 89). En otras ocasiones, no se encuentra la palabra más idónea: “Se advierte en este prólogo [al libro de Stuart Mill] la envidia que siente por esa relación entre iguales que fue el matrimonio de Stuart Mill y Harriet Taylor” (p. 92). En p. 95, es ambigua la postulación académica de Concepción Arenal y no lo es su autopostulación: en ambos casos, sucede lo contrario. Otro caso de elección léxica dudosa pudiera ser este: “Hay pasajes muy sensuales en algunas de sus novelas en los que relata cómo se preparan y cómo se gustan los alimentos” (p. 103). Discutible es otro segmento, especialmente en su primera parte, que reza: “Por encima de sus ideas y sus preocupaciones sociales, se sitúa el idealismo religioso católico al que nunca renuncia y al que no somete a escrutinio racional” (p. 107). De Ferreras se toma prestada la adscripción estética, tan problemática, en virtud de la cual “es la mejor representante del

naturalismo en español” (p. 111). Tampoco es plausible la segunda parte de esta opinión: “Es una escritora que se lee con interés en el siglo XXI, cosa que apenas sólo encontramos en Clarín y Galdós” (p. 113), tal vez referida al XIX español, en cuyo caso también peca de desconocimiento y abunda en algo que no resiste el examen: la denigración por máquina de lo decimonónico.

A la hora de enjuiciar críticamente aspectos de la obra literaria de Pardo Bazán, algo que el título del libro no induce a esperar, puede errarse ostensiblemente en la manera en que es percibido un personaje como Julián Álvarez, visto aquí como un ser inocente e ignorante, como “un joven bienintencionado y atontado que no sabe nada, que cree que todo se resuelve rezando y que se escandaliza por todo” (p. 37). Claro que antes se habían considerado valores positivos del marqués de Ulloa y de Sabel, “caracteres dudosos” (p. 36), la salud y la belleza, que “les permiten brillar por encima de todos”. Un lector de la novela puede lícitamente preguntarse qué significa esto. El recorrido por la obra de creación dista de ser certero y se detiene en *La Quimera*, a la que atribuye, sin más, “un enorme éxito” (p. 40). Por otro lado, la pauta de fijar en una crónica el suceso tremebundo que después origina la diégesis de un cuento, que ha estudiado Marina Mayoral, no es siempre cumplida como deja creer esta afirmación incontrovertible: “Escribía primero sobre ellos [sucesos truculentos verídicos] en sus artículos y luego los novelaba componiendo cuentos [sic]” (p. 46). Es difícil atestiguar esta presunta costumbre de la autora, máxime si no podemos fijar con exactitud aún hoy la publicación primera de muchos de los relatos y conocer, por ende, su prelación o no respecto de su periodismo.

Calificar de sencilla la escritura pardobazanianiana en su primera novela de los Pazos resulta impropio (“En cuanto al lenguaje, la escritura de esta novela sorprende por su modernidad, su naturalidad y su sencillez. Estos rasgos nos parecen logros que no son fáciles y que señalan a una gran escritora” (p. 36). Tampoco son afortunadas las inexactas menciones de sus conferencias, cuyas fechas y lugares de enunciación se equivocan, así en p. 61, donde no se indican correctamente ni el año, ni la institución, ni el lugar del acto: “Una de las conferencias más interesantes –leemos– es la que pronuncia sobre Goya [fueron, en realidad, dos las conferencias de Pardo Bazán sobre el aragonés], en 1901 [tuvo lugar la primera en 1904; la segunda, en 1906], en el Círculo de Bellas Artes de Madrid [sic]” [en la coruñesa Academia Provincial de Bellas Artes, la primera; en el Ateneo, la segunda]. Estos errores, que el especialista detecta pero el lector común pasará por alto, no debieran darse tampoco en una obra divulgativa que debe no desaprovechar la ocasión de ser un buen prontuario de la vida y obra de una autora sobre la que, de no atajarlos, se seguirán emitiendo y perpetuando estereotipos y errores comunes. En las obras de Emilia Pardo Bazán registradas al final, y es error notable, se considera cuento *La sirena negra* (p. 151).

Convendría, asimismo, regularizar las convenciones de la titulación de las obras: *La Tribuna* aparece a veces como *La tribuna*, en detrimento de la voluntad de la autora. La

mención de obras singulares como meros "libros", sin mayor concreción de género o filiación, no ayuda a su conceptualización. Algunas erratas, leves, eso sí, se deslizan en pp. 12, 13, 16, 37, 38, 47, 57, 59, 60, 71, 72, 77, 78, 80, 83, 94, 95, 96, 97, 102, 112, 122, 151, 153, 154.

El excelente texto preliminar de Manuel Rivas, que pondera como apasionado el relato biográfico de Alberdi, y dota de consistencia a la posibilidad de reconocerlo, parece escrito al compás de su última novela, *O último día de Terranova-El último día de Terranova*, soberbio ejemplo de su narrativa y, a la sazón, explícito homenaje a Emilia Pardo Bazán, en particular a su labor cuentística, acertadamente destacada por la autora de esta obra, por otro lado.

Cristina Patiño Eirín